

**Lizzi Testa, Rita**

*Los bárbaros y el Imperio: antiguas y nuevas  
perspectivas historiográficas*

De Rebus Antiquis Año 3 N° 3, 2013

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Lizzi Testa, Rita. “Los bárbaros y el Imperio : antiguas y nuevas perspectivas historiográficas” [en línea], *De Rebus Antiquis* 3 (2013).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/barbaros-imperio-perspectivas-lizzi-testa.pdf>

[Fecha de consulta:.....]

## LOS BÁRBAROS Y EL IMPERIO: ANTIGUAS Y NUEVAS PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS\*

**RITA LIZZI TESTA**

Università degli Studi di Perugia

**Abstract:** The relationship between Barbarians and the Roman Empire has never been a neutral subject, and much less it could be today, when the debate on 'Europe's Christian roots' focuses on the meaning of its identity. This paper sets out the views prevailing in the historiography of recent decades but also it turns to the context of the events that afflicted the Roman Empire through the fifth century. There is in fact a different approach to the subject, between the catastrophic paradigm and the view of scholars who attempted to circumvent the role of the Barbarians, as if they were mere onlookers and not real actors of history. The great complexity of the period invites for deepening the analysis of regional peculiarities, studying those multiple and repeated collapses of the Empire, which during the fifth century still survived elsewhere, while people thought it was already fallen.

**Keywords:** Barbarians – Roman Empire – Modern and Contemporary Historiography.

**Resúmen:** La relación entre los bárbaros y el Imperio Romano nunca ha sido un tema neutral, y mucho menos puede serlo hoy en día, cuando el debate sobre 'las raíces Cristianas de Europa' se centra en la cuestión de su identidad. Este trabajo expone las posturas prevalecientes en la historiografía de las décadas recientes pero también volverá sobre el contexto de los eventos que afligieron al Imperio Romano a lo largo del siglo quinto. Existen, de hecho, diferentes aproximaciones al tema, desde el paradigma de la catástrofe a la visión de aquellos académicos que intentan neutralizar el rol de los bárbaros como si fueran meros testigos y no reales actores de la historia. La gran complejidad del periodo invita a la profundización del análisis de las particularidades regionales, estudiando aquellos múltiples y repetidos colapsos del Imperio, el cual durante el siglo quinto todavía sobrevivía en otra parte, mientras la gente pensaba que ya había caído.

**Palabras Clave:** Bárbaros – Imperio Romano – Historiografía Moderna y Contemporánea.

---

\* **Traducción a cargo de la Prof. María Emma Barberia.** El presente trabajo fue presentado con el título "I barbari e l'Impero: antiche e nuove prospettive storiografiche", en la *Società Culturale ClassicoNorrena* (Roma, 12 de febrero de 2010).

Hablar de bárbaros y del Imperio romano no ha sido nunca un tema neutral; mucho menos podría serlo hoy, cuando el debate sobre las “raíces cristianas de Europa” pone en el centro la cuestión de su identidad. Si bien el tema nunca fue objeto de mis investigaciones personales, ha servido para descubrir las posiciones historiográficas que han prevalecido en los últimos decenios sobre los eventos que afligieron al Imperio romano en el curso del siglo V.

Hace algunos años, Bryan Ward-Perkins replanteó con fuerza la visión tradicional que relaciona la disolución del Imperio romano con las grandes invasiones de los pueblos germanos, indicando los puntos débiles y los aspectos paradójales del modelo que ha dominado, en los últimos treinta años, en el mundo de lengua anglosajona<sup>1</sup>. Según algunos estudiosos, sobre todo canadienses y estadounidenses, el imperio no habría sido, en realidad, derrocado por las invasiones: los germanos ya no eran pueblos dotados de una precisa identidad étnica, ni se abalanzaron sobre las fronteras septentrionales y orientales forzándolas en olas sucesivas, sino que “se escurrieron adentro”, se infiltraron progresivamente y, progresivamente, fueron acogidos. Algunas palabras *politically correct*, como *seepage*, *accommodation*, *gradualism*, son ahora utilizadas con frecuencia en oposición a *migrations-invasions*.

En la introducción (*Did Rome ever fall?*), el autor establece un estrecho lazo de dependencia, o mejor dicho de consecuencia, entre tal visión de las relaciones entre Roma y los bárbaros, y aquella de una edad antigua tardía entendida como un mundo de transformación y cambio, cuyo “gurú” –como lo llama Bryan Ward-Perkins– habría sido Peter Brown a partir de su muy influyente librito de 1971, *The World of late Antiquity*. Es indudable que los dos modelos (la *Long Late Antiquity* –enmarcada de la manera más amplia entre la edad de Cómodo [180-192] y los siglos VII, VIII-IX, hasta el X<sup>2</sup>– y el *gradualism* o

---

<sup>1</sup> WARD-PERKINS, B., *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford: 2005, pp. 1-10.

<sup>2</sup> Para el debate que tuvo lugar sobre el tema iniciado por el ahora muy conocido artículo de GIARDINA, A., ‘Esplosione di Tardoantico’, *Studi Storici* 40, 1, 1999, pp. 157-180, son centrales

*accommodation* de los pueblos germánicos) se han desarrollado casi contemporáneamente. No considero, sin embargo, que uno sea la consecuencia del otro. Más bien, ambos experimentan el clima cultural inaugurado por la primera gran obra de Fernand Braudel<sup>3</sup>.

Sobre esta visión continuista, así como sobre la naturaleza del impacto provocado por los bárbaros – que para Fernand Braudel fueron un simple “trastorno superficial” –, fue decisiva la influencia de la escuela de *Les Annales*. Poner el acento en los fenómenos culturales y de la mentalidad inevitablemente abre horizontes de larga duración, pues éstos, a diferencia de los hechos institucionales y políticos, son capaces de atravesar cortes y fracturas de la historia. Esta tendencia a profundizar aspectos de los procesos históricos hace largo tiempo descuidados, como la mentalidad, los comportamientos difundidos, los poderes no institucionales, figuras que no fueron agentes de la política como las mujeres, así como también los factores religiosos, nos ha permitido tener una idea de las realidades ignoradas, como las ósmosis étnicas.

Historiadores y antropólogos han cooperado, por lo tanto, para aclarar muchas cuestiones abiertas o no resueltas y demostrado, por ejemplo, que reconocer en aquellos grupos de bárbaros que migraron antes del primer milenio las raíces étnicas de cada Estado nacional moderno, era una pretensión totalmente desorientadora. Identidades nacionales enraizadas tan profundamente en el pasado no eran un fenómeno antiguo, sino creaciones nuevas, que operaban en contextos específicos. La identidad del grupo, en realidad, no es inmutable, ya que se puede

---

las reflexiones de Av. CAMERON, “The ‘Long’ Late Antiquity: a Late Twentieth Century Model”, en: *Classics in Progress. Essays on Ancient Greece and Rome*, London: 2002, pp. 165-191, también lo son las contribuciones de E. LO CASCIO, G. W. BOWERSOCK, L. CRACCO RUGGINI, A. MARCONE, A. SCHIAVONE y A. GIARDINA, reunidas en *Studi Storici* 1, 2004, donde están publicados los Actos de la mesa redonda en *Gli spazi del tardoantico*, realizados en Capri el 11 de octubre de 2000. Más recientemente, *vid.* ATHANASSIADI, P., ‘Antiquité tardive: construction et déconstruction d’un modèle historiographique’, *Antiquité Tardive* 14, 2006, pp. 311-324 y MARCONE, A., ‘A Long Late Antiquity? Considerations on a Controversial Periodization’, *Journal of Late Antiquity* 1, 2008, pp. 4-19; C. ANDO, *Decline, Fall, and Transformation*, in: *ibidem*, pp. 31-60.

<sup>3</sup> BRAUDEL, F., *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l’Epoque de Philippe II*, Paris: 1949 (reeditado varias veces y ampliado, ver ahora: *Civiltà e imperi del Mediterraneo nell’età di Filippo II*, Torino Einaudi: 2010).

renegar de ella o adquirirla según las exigencias de los individuos. Los arqueólogos mismos, tras dotarse de criterios de datación más certeros a partir la cerámica romana<sup>4</sup>, han renegado de las viejas posturas acerca el rol que tuvieron las migraciones de amplios grupos con lazos biológicos estrechos al producir las transformaciones de la cultura material del primer milenio, verificando que es muy temerario extraer de los objetos materiales argumentos seguros sobre la identidad de quienes los habrían usado<sup>5</sup>. En tales términos, dentro del abigarrado escenario de influjos ejercidos sobre la cultura de los años Sesenta del Novecento, me parece inútilmente forzada la conexión de causa y efecto que establece Bryan Ward-Perkins entre la revisión de los conceptos de declinación y fin del Imperio romano elaborada por Peter Brown, y la nueva concepción del modo en el que los pueblos germanos entraron en relación con Roma.

### **I. El final del Imperio Romano en la representación de los historiadores modernos y contemporáneos**

Mucho antes de que A. Momigliano, con su célebre definición de una “caída sin escándalo del Imperio”, ofreciera la ocasión para reflexionar sobre los conceptos de transformación y continuidad, en la cultura europea de fines del siglo XIX ya estaba difundida la idea de que el fin del Imperio de Roma era el resultado de una “enfermedad interna” en lugar de la violencia destructora de los bárbaros:

*Je suis l'Empire à la fin de la décadence,  
Qui regarde passer les grands Barbares blancs  
En composant des acrostiches indolents  
D'un style d'or où la langueur du soleil danse.*

Verlaine, *Langueur*

---

<sup>4</sup> No antes sin embargo, del volumen de HAYES, J., *Late Roman Pottery: A Catalogue of Roman Fine Wares*, London: 1972.

<sup>5</sup> POHL, W., “The Barbarian Successor States”, en: WEBSTER, L. – BROWN, M., *The Transformation of the Roman World AD 400-900*, London: 1997, p. 46.

De Verlaine (1844-1896) a D'Annunzio y a Ferdinand Lot, literatos e historiadores, que escribieron y actuaron hasta después de la Primera Guerra Mundial, compartieron una concepción vitalista-biológica de la historia (ciertamente, de matriz clásica), que atribuía a los imperios la misma característica de nacimiento, desarrollo y decadencia de la vida humana.

Muy diferente, en cambio, fue la perspectiva madurada a la distancia de cincuenta años de literatos e historiadores como André Piganiol<sup>6</sup> o Pierre Courcelle<sup>7</sup>, según la cual el fin de Roma era interpretado como el “asesinato” de un mundo civilizado todavía vital, perpetrado por las olas de bárbaros que irrumpieron más allá de las fronteras. La experiencia traumática de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación nazi de Francia, había reorientado las perspectivas de estos estudiosos. Courcelle, que, significativamente, divide su obra en tres partes (*L'invasion, L'occupation, La libération*), estableció abiertos paralelismos entre los sucesos recientes en Francia y la experiencia de las invasiones bárbaras del siglo V, usando un lenguaje y argumentos crudamente anti bárbaros: los invasores eran bárbaros, enemigos que en hordas devastadoras habían dejado tras de sí solo el desierto.

La dolorosa contemporaneidad reactualizó un modelo que, al promediar el siglo XVIII, hizo de la caída de Occidente el arquetipo de toda decadencia. Para Edward Gibbon, las invasiones del siglo V habían horadado el Occidente romano. El escenario todavía compacto de la Europa del siglo IV estaba atravesado por contrastes extraordinarios. Sobre el mundo mediterráneo se cernían amenazantes las sombras de las tierras del Norte y del Este, cuyas poblaciones habían permanecido al nivel de la pura subsistencia. Organizadas en pequeñas unidades sociopolíticas y largamente dominadas por grupos de lengua germánica, tales poblaciones poseían objetos de hierro y escudos pero trabajaban generalmente la madera; tenían muy pocas formas de expresión literaria y nunca construían en piedra. Atravesando el Imperio, luego de haber derribado las fronteras del Rin y

---

<sup>6</sup> PIGANIOL, A., *L'Empire chrétien*, Paris: 1947.

<sup>7</sup> COURCELLE, P., *Histoire littéraire des grands invasions germaniques*, Paris: 1948.

del Danubio, los invasores – a los que los romanos, como ya lo habían hecho los griegos, llamaron simplemente bárbaros, y que hoy preferimos definir como pueblos germánicos – sustituyeron a los romanos y a los celtas, disolvieron la estructura política romana y todo el modo de vida antiguo, su civilidad extremadamente sofisticada, su cultura y su elevado sistema económico y militar. En el lapso de cien años, el cuadro se destruyó y, al llegar otro siglo, las poblaciones de lengua eslava reemplazaron a las de lengua germánica en gran parte de Europa: el dominio mediterráneo había sido inexorablemente quebrado.

La comparación entre diversos modelos de interpretación del fin del Imperio se remonta, por tanto, mucho más allá de los años Sesenta del Novecento y tiene estratificaciones culturales e ideológicas remotas, mientras que los efectos de aquellas invasiones fueron presentados de diferente forma bajo el impulso de la contemporaneidad. Para algunos, ellas infundieron nueva sangre germana en la decadente cepa romana, como expresó el filósofo Herder a comienzos del siglo XIX, contraponiendo los gigantes del Norte a los agotados enanitos romanos<sup>8</sup>. En los historiadores franceses, salidos de la pesadilla de la Segunda Guerra Mundial, prevalece la imagen de *raids* violentos y destructivos. En la última mitad del siglo XX, al estabilizarse una nueva y pacífica Europa occidental, la imagen de “los invasores” ha comenzado a debilitarse. Una percepción más articulada de los movimientos bárbaros, lentamente ha modificado la idea de que aquellos pueblos se lanzaron sobre el mundo mediterráneo aniquilándolo, sino que se fueron uniendo en forma desordenada y en lentas oleadas migratorias<sup>9</sup>.

Fue el historiador canadiense Walter Goffart, sin embargo, el primero en derribar la idea misma de las invasiones<sup>10</sup>. Con un agudo análisis de las fuentes, mostró en cuántas formas posibles pueblos considerados bárbaros en un primer momento, se habrían gradualmente asimilado a la *Romanitas*, transformándose de enemigos en súbditos provinciales. Instalados en vastas regiones no solo

<sup>8</sup> HERDER, J. G., *Outlines of a Philosophy of History* (tr. ingl.), London: 1800, p. 421.

<sup>9</sup> MUSSET, L., *Les invasions: les vagues germaniques*, Paris: 1965 (como resulta ya del título).

<sup>10</sup> Con el volume: GOFFART, W., *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accommodation*, Princeton: 1980.

límitrofes, fueron sometidos a un proceso de aculturación, que varió según las tradiciones indígenas de muchos grupos insertos en el Imperio. Como consecuencia de tal sistema, los bárbaros fueron transformados en una fuerza defensiva para Roma. Y si bien a veces romanos y germanos estuvieron en guerra, según Goffart, “the fifth century was less momentous for invasions than for the incorporation of barbarian protectors into the fabric of the West”. Para resumir su tesis, sostiene que: “what we call the fall of the Western Roman Empire was an imaginative experiment that got a little out of hand”: un experimento pleno de fantasía, pero que se ha ido un poco de las manos<sup>11</sup>. Roma, en definitiva, según la reconstrucción de Goffart, habría caído por haber delegado su poder, no porque fue invadida con éxito por los bárbaros.

En ciertos casos, la recepción acrítica de la tesis de Goffart ha impulsado a remover totalmente del escenario histórico enfrentamientos bélicos, rapiñas, conquistas, invasiones y ruinas, dando la impresión de que los recién llegados se integraron fácilmente en el mundo romano: esto, por consiguiente, debería haber seguido desarrollándose sin interrupciones<sup>12</sup>. Los matices, aún presentes en el estudio de Goffart – quien reconoce que el sistema de la integración progresiva fue solo una parte de la historia y que, a pesar de los esfuerzos realizados para integrar a los bárbaros, Roma al fin cae –, han desaparecido en obras más recientes, que tienden a enfatizar exclusivamente la naturalidad orgánica y generalmente eirénica (pacífica) de la integración de los bárbaros. La teoría de la integración progresiva se ha convertido en un modelo universalmente aplicable para explicar el final del Imperio romano<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Ibidem, pp. 230-35.

<sup>12</sup> El título del libro editado por POHL, W., *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, New York: 1997, despista porque la mayoría de las contribuciones reunidas en el volumen conservan posiciones muy equilibradas.

<sup>13</sup> Así, por ejemplo, en el volumen editado por MATHISEN, R. – SHANZER, D., *Society and Culture in late Antique Gaul*, Aldershot: 2001, y en otros ensayos con más equilibrio, el de BOWERSOCK, G. W., *The Vanishing Paradigm of the Fall of Rome*, ahora en *Selected Papers on Late Antiquity*, Bari: 2000, pp. 187-197.



## II. Roma y los bárbaros: los hechos y las fuentes

Goffart tuvo el enorme mérito de abrir un campo de la investigación histórica que hasta los años cincuenta era no solo totalmente desconocido, sino incluso inconcebible. Sin embargo, por otra parte es cierto que la radicalización de su modelo, más en las contribuciones de sus epígonos que en las propias sucesivas intervenciones sobre el tema, ha terminado por alterar los términos concretos de la reconstrucción histórica. Es necesario, pues, volver a los hechos, utilizando lo mejor de uno y otro enfoque para una evaluación general de la situación del Imperio en los últimos siglos.

A diferencia de los griegos – los cuales, a partir de las guerras pérsicas, y con una ligera atenuación durante la época helenística, evaluaron la alteridad bárbara según una perspectiva étnico-nacional, hasta hacer coincidir la ausencia del *lògos* con la ausencia de la nacionalidad –, los romanos no elaboraron nunca “prejuicios raciales fundados en una discriminación étnica en términos de inferioridad biológica como justificación del sometimiento y del atropello”, según demuestra de manera pionera Lellia Cracco Ruggini en el año 1968<sup>14</sup>.

Como ya se ha dicho recientemente, los romanos no atribuyeron casi ningún valor a la consanguinidad; “lo de Roma era una sangre político/cultural, que corría dondequiera que hubiera individuos que, después de ser abandonados en el seno de la *fides*, hubieran aceptado vivir según el modo romano, respetando aquel conjunto de valores, convenciones, reglas y prestaciones que eran considerados indispensables para la existencia de la romanidad”<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> CRACCO RUGGINI, L., ‘Pregiudizi razziali, ostilità politica e culturale, intolleranza religiosa nell’Impero Romano (a propósito de un libro reciente)’, *Athenaeum* 46, 1968, pp- 139-152; cfr. también: Idem, ‘De morte persecutorum e polemica antibarbarica nella storiografia pagana e cristiana (a proposito della disgrazia di Stilicone)’, *Riv. di St. e Lett. Rel.* 4, 1968, pp. 433-447.

<sup>15</sup> GIARDINA, A., “Introduzione”, en: *Roma antica*, Roma-Bari: 2000, p. VII, XIV; Idem, “Il manifesto dell’integrazione romana”, en: A. GIARDINA - FABRIZIO PESANDO (a cura di), *Roma caput mundi. Una città tra dominio e integrazione*, Roma: 2012, pp. 15-42.

Tal disposición intelectual, los predisponía a la absorción progresiva de mucha barbarie<sup>16</sup>. En efecto, gradualmente la ciudadanía romana fue concedida *viritim* o a grupos más o menos numerosos que, transformados en clase militar o productiva, podían sostener todas las cargas de gobierno más elevadas, como le sucedió a la mayoría de la Galia Comata por intervención del mismo Claudio<sup>17</sup>. Una vez asimilados los galos, fueron sobre todo los germanos los que se identificaron con el bárbaro. Y fue César, sobre todo, quien transmitió tal percepción para exaltar su conquista de la Galia y encontrar mientras tanto justificaciones plausibles ante las dificultades encontradas en la plaga de más allá del Rin. Con las mismas motivaciones, Augusto y sus inmediatos sucesores renunciaron definitivamente a medirse con los germanos.

En el transcurso del siglo I, el poder central ejerció un poder vigilante para impedir las infiltraciones abusivas de bárbaros en las fronteras. A partir de Adriano, fueron construidas murallas fortificadas estables a lo largo de parte de los confines, más allá de las cuales, una franja de terreno tenía que estar deshabitada y sin cultivar. Una serie de prohibiciones, constantemente renovadas, sirvieron, de hecho, para ratificar numerosas excepciones: los bárbaros no podían navegar por el Rin y el Danubio; sólo algunas tribus gozaban de la posibilidad de intercambiar mercancías; los matrimonios mixtos estaban prohibidos. Sin embargo, nada servía para impedir frecuentes contactos y ósmosis de costumbres, culturas y técnicas en ambas direcciones.

Además, muy pronto en el transcurso del siglo, tribus enteras situadas fuera de los límites tuvieron permiso para establecerse en el suelo provincial romano. En un primer momento, fueron medidas excepcionales, concernientes a grupos de cantidad variable y situados en áreas diferentes, a menudo muy alejadas

---

<sup>16</sup> CRACCO RUGGINI, L., "Roma e i Barbari in età tardoantica", en: AILLAGON, J.J. (a cura di), con la coordinación científica de ROBERTO, U., y RIVIÈRE, Y., *Roma e i Barbari. La nascita di un nuovo mondo. Catalogo della Mostra tenuta a Venezia, Palazzo Grassi*, Milano: 2008, pp. 204-215.

<sup>17</sup> TAC. *Annales* XI, 21-24 confirmado por la Tabla de Lión (*ILS* 212).

entre sí<sup>18</sup>. A comienzos de los años Sesenta del Novecento se intentó hacer un examen exhaustivo de tales asentamientos<sup>19</sup>. El caso más antiguo parece estar representado por la inserción de pueblos *dediticii*, o sea vencidos y rendidos a discreción, a quienes se les daban tierras escasamente pobladas, que habían sufrido incursiones precedentes, para roturar y hacerlas de nuevo productivas. Más tarde las formas cambiaron: en Mesia, en tiempos de Nerón y Vespasiano, fueron acogidos alrededor de cien mil transdanubianos con sus familias y sus jefes, los que se comprometieron a pagar tributos regulares. En la misma región, Marco Aurelio colocó, en el año 173, tres mil *Svevi Naristae* ya dispersos en Panonia, que solo dos años más tarde fueron utilizados como contingentes de caballería en la campaña contra Avidio Casio. Si para el asentamiento de los *dediticii* se invocó la presión de los sármatas nómades provenientes del Este, después, una vez asentados en las tierras adyacentes al mar Negro, otras motivaciones de orden militar y fiscal probablemente, llevaron a tales ingresos.

Del mismo modo que los *Naristae*, en el transcurso de los siglos III-IV, nuevas tribus germanas fueron extensamente utilizadas como tropas mercenarias y/o colocadas como *inquilini* (o sea, colonos personalmente libres, ligados a la tierra y destinados a ser heredados o vendidos con esta) para cultivar por primera vez campos en situación de abandono de Dacia, Panonia, Mesia, Germania e incluso de Italia. Muchos topónimos atribuibles a los sármatas, parecen concernir a asentamientos de este tipo en el Norte de Italia (Salmour, Sàrmato, Sàrmego y otros), en zonas donde sin embargo la *Notitia Dignitatum* enumera en gran cantidad prefecturas de *Sarmati gentiles*, próximas a importantes arterias viales y a cuya vigilancia estaban agregadas.

Se trataba, como los *Laeti* predominantes en la Galia, de grupos étnicos compactos de colonos militares, organizados en prefecturas o *praepositurae*, establecidos en tierras públicas a cambio de un servicio militar hereditario.

---

<sup>18</sup> CRACCO RUGGINI, L., *op.cit.*, 2008, p. 205.

<sup>19</sup> CRACCO RUGGINI, L., 'Uomini senza terra e terra senza uomini nell' Italia antica', *Quad. di sociol. Rurale* 3, 1963, pp. 20-42.

Las emergencias militares, todavía aleatorias a fines del siglo II y a las que Roma había intentado remediar de dicha manera, a partir del siglo III crecerían progresivamente e inducirían a potenciar las formaciones con cuerpos especiales permanentes de caballería e infantería ligera (*numeri*), reclutados en las cercanías de los tracios o en las provincias orientales y africanas y, más tarde, de manera creciente, entre celtas y germanos. Estas unidades combatían al mando de los propios jefes tribales con el armamento y las tácticas tradicionales de sus estirpes y dirigieron el proceso de embrutecimiento del ejército, que muchos autores de los siglos IV-V (cristianos y paganos indistintamente, como el autor del *de rebus bellicis*, Ambrosio, Jerónimo, Sinesio en el *de regno*) reprobaron sin sugerir nunca alternativas concretas más allá de utópicos retornos al pasado.

La germanización del ejército respondía, de hecho, también a la necesidad de renovar armamento y esquemas tácticos para que fuera capaz de enfrentar las unidades de los nuevos enemigos. Con el tiempo, aunque discontinua, la introducción de soldados bárbaros en el Imperio para combatir a otros bárbaros que amenazaban las fronteras, ya sea como colonos militares, sea como *numeri*, sea como mercenarios aliados (*foederati*), terminó por transformarlos casi inadvertidamente en conquistadores del Imperio mismo. Se trató de un proceso lento, en términos de causa y efecto, ligado a la mayor o menor debilidad del gobierno central y a su incapacidad de controlarlos adecuadamente. Ya en el transcurso siglo III, muchos *foederati* se volvieron progresivamente contra el Imperio obligando a Decio, a Galieno o a Aureliano a combatirlos para contenerlos en las áreas que les estaban reservadas. Mientras que La historia de los siglos IV-V se convirtió rápidamente en la historia de los *foederati* insatisfechos de las pagas recibidas y de los agricultores tributarios, que tendían a ampliar indebidamente la extensión de los territorios asignados, transformándose en bandas de bandidos/desertores.

Por más que la valorización de las fuentes epigráficas y de otro género, habría consentido profundizar en escenarios inéditos las relaciones entre Roma y los bárbaros, con el lema de adaptaciones, contaminaciones y compromisos, el

modelo de la *accommodation* por sí solo, no sirve para explicar el fin del Imperio. La impresión transmitida por aquellos estudios, que concentran su atención exclusivamente en los modos en los que la mayor parte de los territorios romanos fueron cedidos a los germanos de manera formal y en acuerdos escritos, es solamente parcial. Fue un momento, en realidad, en el cual ya no se apela más al asentamiento pacífico, sino que la amenaza, la invasión, la extorsión violenta, se convirtieron en costumbre. Los tiempos y las formas en que esto se verificó no son, sin embargo, componentes insignificantes en la valoración del rol desempeñado por los pueblos germánicos en la aceleración del fin del Imperio de Occidente. Algunos ejemplos, muy conocidos, también por ser objeto de diatriba entre los que sostienen uno y otro modelo, serán suficientes para mostrarlo.

El asentamiento de los visigodos en Aquitania constituye uno de los casos ejemplares tratados por Goffart, ya que ellos fueron acogidos allí después de un tratado regular, usualmente situado en el año 418<sup>20</sup>.

Investigaciones más recientes parecen convencer de que los visigodos habían obtenido el estatuto de *foederati* al menos unos veinte años más tarde como consecuencia de la política general conducida por Aecio en las confrontaciones de los diversos grupos bárbaros. En el año 418 ningún tratado habría sido estipulado con los visigodos, los cuales fueron en cambio transferidos a Aquitania desde España, manteniendo aquella calificación de auxiliares del ejército romano, según la cual, bajo la guía del rey Walia, desde el año 416 condujeron operaciones contra vándalos y alanos. El porqué de su traslado a Aquitania, decidido por Flavio Constancio con el aval del Consejo de las siete provincias, que tuvo lugar en Arles entre los notables de la Galia del Sud, es fácil de intuir: evitar que los suevos, los alanos y los vándalos asdingos penetraran en Galia y en Italia y prevenir nuevas usurpaciones por parte de los generales romanos que formaban auxiliares bárbaros en la Galia del Sud. El experimento funcionó porque durante aproximadamente veinte años, los visigodos

---

<sup>20</sup> WARD-PERKINS, B., *op.cit.*, p. 14.

desempeñaron brillantemente la función a la que habían sido llamados. Solo en el año 439, después de que durante la batalla de Tolosa hubiera sido hecho prisionero incluso el general romano Litorio y fueran masacrados muchos auxiliares hunos, los visigodos habrían obtenido de Aecio el rol de *foederati* del Imperio, consagrado por un tratado de alianza negociado por el general Eparquio Avito, suegro de Sidonio Apolinario y futuro emperador en el año 455, con el apoyo de Teodorico II, hijo de Teodorico I, signatario del *foedus*<sup>21</sup>.

Si bien un mejor conocimiento de las relaciones establecidas entre Roma y los visigodos da cuenta de su mayor articulación y de la función desempeñada por las aristocracias locales como agentes de cohesión y al mismo tiempo de disgregación de la unidad del Imperio, es evidente que fue un momento en el cual la vacilación del poder central – particularmente después de la muerte violenta de Aecio en el año 454 y de Valentiniano III a los pocos meses en 455 – transformó, una situación mantenida hasta ese momento bajo control, en una especie de pesadilla.

No fue tanto la llegada de Teodorico II (453-467) la que modificó las relaciones con los visigodos, aunque las poblaciones locales sufrieron de varias maneras expropiaciones, violencias, abusos de poder y, en la región en torno a Tolosa, la aplicación de la normativa conexas con la *hospitalitas* facilitó la expansión inmobiliaria de los nobles godos en detrimento de la aristocracia gala. Si bien en 462 las inquietudes de la nobleza de Narbona fueron compartidas por la de la Auvernia, tanto más considerando que el ascenso al poder de Eurico en 466 había ocurrido gracias al asesinato de su hermano, los equilibrios creados en 439 cambiaron poco antes de la muerte de Procopio Antemio (472). Entonces, mientras en Italia estallaba la guerra civil entre las facciones, y en Galia francos y burgundios eran siempre más hostiles a los visigodos, desde el Oriente, los godos de Vidimero quisieron alcanzar a los visigodos galos. No es improbable que Eurico hubiera comenzado a presionar a Roma y a reivindicar más territorios

---

<sup>21</sup> DELAPLACE, C., “El regno visigoto di Tolosa”, en: AILLAGON, J., *op.cit.*, pp. 320-321.

también como consecuencia de estos nuevos arribos. De hecho, el ataque y la toma de Clermont – que dividía las conquistas visigodas como una cuña y las dejaba abiertas a las incursiones de los burgundios – marcó el punto más alto de una política independiente de Roma y volcada a un acrecentamiento territorial que le otorgaba al reino visigodo la naturaleza de una específica entidad territorial autónoma, dominada por una etnia gótica.

El *iter* personal y público de Sidonio Apolinario refleja, en tal sentido, la evolución – o si se quiere, la involución – de las relaciones entre el Imperio y los visigodos. Después de una primera fase de aceptación y cooperación con los recién llegados, caracterizada incluso por una especie de celebración del rol desarrollado por la nobleza local en el ejercicio de un nuevo tipo de patronato extendido sobre la *élite* visigoda – según la metáfora de la extensión de la *civilitas* entre los jefes godos<sup>22</sup> –, el 470/471 marcó un período totalmente nuevo en la vida de Sidonio: la asunción del episcopado de Clermont-Ferrand (*Arvernum*), la valerosa resistencia armada, el exilio y después el retorno gracias a la intercesión de León (al que Wolfram, con una expresión feliz, definió como el Casiodoro de Eurico), reflejan una situación que difícilmente los teóricos de la *accommodation* podrían explicar.

El territorio garantizado a los visigodos en el año 439, centrado en el valle del Garona entre Tolosa y Bordeaux, era nada en comparación a aquello que ellos mismos iban a alcanzar a finales del siglo tras conquistar toda la Galia sudoccidental hasta los Pirineos, la Provenza, incluidos Arlès, Marsella, Clermont, Auvergne y casi toda la península ibérica. No fue un tratado para garantizar la expansión, ya que fue realizada por medio de la amenaza, el uso de la fuerza y las progresivas devastaciones. En Clermont tenemos testimonios contemporáneos de la respuesta local a la expansión visigoda. La resistencia armada fue organizada por el obispo de la ciudad y por la aristocracia, y en un primer momento fue

---

<sup>22</sup> LIZZI TESTA, R., “I vescovi, i barbari e l’Impero di Roma”, en: BALDINI, I. – COSENTINO, S., (a cura di), *Potere e politica nell’età della famiglia teodosiana (395-455). I linguaggi dell’impero, le identità dei barbari* (Munera, 36), Bari: 2013, pp. 27-50.

vigorosa y eficaz. Clermont, finalmente, se rindió por orden de Roma, que esperaba salvar la Provenza. Sidonio, fuente ciertamente partidaria, recuerda que durante el asedio, los habitantes se redujeron a comer la hierba de los campos<sup>23</sup>.

Las regiones de la Galia más cercanas a las fronteras del Imperio sufrieron una violencia todavía más prolongada, porque la contienda fue entre romanos, bagaudas, sajones, francos, burgundios, turingios, alamanes, alanos, suevos y godos. Las alianzas entre estos grupos eran fluidas, cambiaban rápidamente y resultaron totalmente incontrolables por el gobierno central. En esta parte del mundo romano, la situación de prolongada exposición a la llegada de pequeños o más grandes grupos de bárbaros duró alrededor de un siglo, desde que, el 31 de diciembre de 406, el Rin había sido atravesado por suevos, alanos, vándalos asdingos y vándalos silingos<sup>24</sup>. Las tropas, en realidad, habían sido reclamadas desde aquella frontera para contrarrestar las invasiones desde el nordeste de Alarico (la primera vez en noviembre de 401) y las de Radagaiso en 405. Estilicón, tras haber vencido por primera vez a Alarico y bloqueado Radagaiso en Fiesole, debió elegir ocuparse del rebelde Constantino III, quien asentado en Arlès amenazaba Italia<sup>25</sup>. Después fue bloqueado por la revuelta orquestada en Ravena por sus opositores en 408, y así, Alarico – favorecido por la incompetencia de los cuadros romanos – alcanzó a asaltar a la misma Roma en el año 410. Vándalos, suevos y alanos, que habían avanzado y cruzado el Rin en 406, se desparramaron durante tres años en la Galia, devastándola en grupos más o menos

---

<sup>23</sup> SID. *Apol. Ep.* VII, 7, 3.

<sup>24</sup> DEMOUGEOT, E., *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, Aubier: 1979; LE BOHEC, Y., *L'armée romaine sous le Bas-Empire*, Paris: 2006; VANNESSE, M., *La fine della frontiera occidentale*, en: AILLAGON, J.J., (a cura di), op.cit., pp. 252-254. Sobre alanos y esvevos, KAZANSKI, M. - MASTYKOVA, A., *Les peuples du Caucase du Nord. Le début de l'histoire (Ier-VII siècle apr. J-C.)*, Paris: 2003 y ahora SHCHUKIN, M. - KAZANSKI, M. - SHAROV, O., *Des Goths aux Huns: le Nord de la Mer Noire au Bas-Empire et à l'époque des Grandes Migrations*, BAR International (s. 135), Oxford: 2006. Los vándalos alcanzan a dividirse en dos subgrupos, los silingos, que provenían de las regiones de la actual Checoslovaquia; los asdingos, que habían sido expulsados de la Recia de Estilicón en el año 401: LIEBESCHUETZ, J.H.W.G., "Gens into Regnum: the Vandals", en: GOTEES, H.-W. - JARNUT, J. - POHL, W., *Regna and Gentes. The Relationship between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World*, Leiden-Boston: 2003, pp. 55-83.

<sup>25</sup> Su política fue retomada en 411 por Constancio III, que derrotara al usurpador en Arlès.



independientes, antes de expandirse unidos en la península ibérica en octubre de 409. El Imperio no logró jamás restablecer la frontera del Rin más allá de las diversas intervenciones que Aecio intentó contra los burgundios en 436/437 y contra los francos en 445<sup>26</sup>. En un lapso de diez años, también Atila se volvió contra el Imperio en 451 y, si bien fue rechazado en 452 por Aecio al mando de una coalición de federados, en los años siguientes el ejército huno consiguió, sin contraofensiva alguna, atravesar los Alpes orientales saqueando Aquileia, Milán y Mantua<sup>27</sup>.

Solo con la consolidación de los vastos reinos de francos y burgundios, el área gala alcanzó cierta estabilidad interna. Por otra parte, las líneas de investigación sobre los modos de cooperación entre los nuevos señores y las sobrevivientes aristocracias galas están abriendo interesantes perspectivas. La vicisitud humana de Sidonio Apolinario después de la conquista de Clermont por Eurico, comparada con algunos otros ejemplos recordados por las fuentes eclesiásticas, parece de un fenómeno de amplio alcance que habría interesado a la mayor parte de los notables, obligados ahora a vivir en los nuevos reinos romano-bárbaros: la única respuesta habría sido volverse a la Iglesia para mantener, en las nuevas, elevadas funciones eclesiásticas, el control y el poder sobre los propios conciudadanos. Hoy se vuelve a discutir sobre la generalidad de este proceso, usualmente definido por el trasiego de los curiales en las jerarquías de la Iglesia.

Aunque muy enfatizado por la historiografía, eso debería haber sido completamente irrelevante. Parecería sugerirlo, en primer lugar, una comparación entre las posibilidades de empleo ofrecidas por la burocracia imperial y aquellas puestas a disposición por la Iglesia. Los oficios administrativos buscados por la *élite* podían garantizar, en el Occidente latino, un mínimo de tres mil puestos por generación, potencialmente duplicados, dada la brevedad de los cargos,

---

<sup>26</sup> ZECCHINI, G., *Aezio: l'ultima difesa dell'Occidente romano*, Roma: 1983.

<sup>27</sup> Sobre Atila y los hunos, IBIDEM, pp. 257-278, con las nuevas perspectivas de HEATHER, P., "The Western Empire, 425-476", en: CAMERON, Av. - WARD-PERKINS, B. - WHITBY, M., *CAH XIV*, Cambridge: 2000, pp. 1-32; ZECCHINI, G., "Attila in Italia: ragioni politiche e sfondo ideologico di un'invasione", en: BLASON SCAREL, S. (bajo la dirección de), *Attila flagellum Dei?*, Roma: 1994, pp. 92-107. Una síntesis en ZECCHINI, G., *Attila*, Palermo: 2007.

habitualmente anuales. La primera Iglesia medieval difícilmente habría podido absorber números similares. Los episcopados de Galia, España, Italia, por ejemplo, ofrecían, cada uno, como máximo un centenar de puestos que, dado lo sagrado del ministerio, eran de por vida. Muchas sedes, luego, eran pequeñas y de ninguna manera garantizaban posiciones atrayentes. En definitiva, parece claro que la Iglesia no era una estructura lo suficientemente amplia para absorber toda o gran parte de la élite romana sobreviviente<sup>28</sup>.

Por tanto, junto a los relativamente pocos que hicieron carrera en las estructuras eclesiásticas, muchos debieron permanecer disponibles para las estructuras políticas de los nuevos reinos: y algunos fueron empleados en la administración civil, como sucedió ampliamente en el reino de Teodorico. Otros, con realidades políticas diferentes a las establecidas en Italia por los ostrogodos, fueron comprometidos en la actividad militar. Para algunos de estos reinos, los testimonios parecerían buenos: en la batalla de Vouillé del año 507, un buen número de propietarios romanos militaban en las filas del ejército visigodo vencido por los francos de Clodoveo<sup>29</sup>. No es claro si lo habrían hecho espontáneamente o si habrían sido obligados, pero las fuentes legislativas demuestran que no se trataba de un episodio aislado. Ambos reinos, visigodos y francos, pidieron que todos los hombres libres, los libertos en forma permanente y parte de los esclavos respondieran a su llamada a las armas: eran amenazados con pesadas multas quienes transgredieran lo establecido<sup>30</sup>.

La situación, ciertamente, había dado un vuelco: ahora eran los viejos propietarios romanos los que constituían unidades aisladas en el interior del más numeroso ejército bárbaro. La narración de Gregorio de Tours sobre los sucesos del reino franco en el siglo VI tardío está constelada de episodios que pronostican

---

<sup>28</sup> HEATHER, P., *New Men for New Constantines? Creating an Imperial Elite in the eastern Byzantium, 4<sup>th</sup> – 13<sup>th</sup> Centuries*, London: 1994, pp. 11-33.

<sup>29</sup> GREG. TUR. *Hist.* 2, 37.

<sup>30</sup> *Lex. Visig.* 9, 2; *Leggi dei Franchi Ripuarii* 68, 1-2 y GREG. TUR. *Hist.* 5, 26; 6, 12; 7, 42: algunos de estos datos los pone de relieve HEATHER, P., "Elite militarisation and the post-roman West", en: BONAMENTE, G. - LIZZI TESTA, R., *Istituzioni carismi ed esercizio del potere (IV e VI secolo d. C.)*, Bari (Munera, 31): 2010, pp. 245-265.

la participación en las campañas militares de contingentes de la *civitas*: comprendían a los descendientes de los terratenientes romanos con una porción de sus dependientes. Para otros reinos romano-bárbaros, los testimonios son menos evidentes (burgundios) o faltan en su totalidad (suevos), o son inciertos por la conquista justiniana (vándalos). Se necesita además, tener en cuenta la gran variedad de soluciones en territorios muy amplios, donde las tradiciones locales, ya renacidas como peculiaridad en el último siglo del Imperio, fueron a menudo recogidas antes que suplantadas por las recién llegadas. Como sabemos, sin embargo, por estar mejor documentada, la militarización de las clases elevadas provinciales fue un fenómeno importante que interesó a la sobreviviente élite romana, por lo cual, para muchos romanos el campo de batalla, en lugar de la iglesia episcopal, reemplazó su actividad en las *militiae*. En tales términos, además, estaban ya definidos también los oficios civiles en el aparato administrativo en la antigüedad tardía.

El traslado de los pueblos germánicos en el Imperio desestabilizó una realidad antigua que permanecía homogénea por siglos de dominio romano, pero, mientras destruía, entretejía tramas nuevas que a menudo restablecían vocaciones antiguas y costumbres muy arraigadas regionalmente. El camino se fue cubriendo de episodios de violencia y crueldad inauditas, pero no se trató de una catástrofe. Los autores cristianos, que representan las casi únicas fuentes a disposición para este largo período, ciertamente exageran los sufrimientos infligidos por los invasores paganos o, peor aún, arrianos. Nunca, sin embargo, se llegó a una total tergiversación. Con su *Chronicon* (del año 379 al 468), por ejemplo, Idacio es una fuente preciosa para la historia de Galicia, asediada por los suevos. Además de asociar las destrucciones de los bárbaros con los cuatro flagelos profetizados en el *Libro del Apocalipsis* y evocar escenas siniestras de madres que eran impulsadas a matar, cocinar y comer a sus propios hijos; más prosaicamente, pero quizás

también con mayor seguridad, recuerda que una banda de suevos lo tiene prisionero durante tres meses en su catedral<sup>31</sup>.

Una reciente reconstrucción de los motivos por los cuales aquellos grupos cruzaron juntos los Pirineos, parecería excluir el hecho de que se hallan derramado en la península ibérica como hordas destructoras en la búsqueda por saciar su furia. Su paso habría sido organizado por Constantino III a fin de evitar un potencial acercamiento de parte de las tropas contratables en España a los fieles a la dinastía teodosiana, y a aquellas que Honorio habría podido enviar desde Italia<sup>32</sup>.

El asentamiento guiado por un general, aunque al servicio de un usurpador, debió haber ocurrido de un modo menos traumático de cómo Idacio lo narra. Según el obispo, sin embargo, se dividieron a la suerte los territorios sobre los cuales se establecieron y al menos por cinco años continuaron conteniendo hasta que en 417 el ejército romano, utilizando a los federados godos al mando de Walia, consiguió casi anular a los alanos y los vándalos silingos. Pero dejó casi intacto al grupo de los vándalos asdingos, en el cual los sobrevivientes terminaron por confluír. De esta manera, después de más años de luchas, estos últimos tuvieron éxito en tomar posesión estable de la rica y productiva Bética. Su victoria en 422, contra un poderoso ejército romano comandado por el *magister militum* Castinus, les confirió suficiente autoridad para intentar, a posteriori, repetidas incursiones (en las Baleares y en Mauritania) antes de lanzarse en la empresa transmarina guiada por Genserico.

La experiencia de la conquista fue, pues, muy diferente según cuáles fueran las regiones del Imperio. La llegada de los vándalos al norte de África en mayo de 429, fue vista como un *shock* terrible por una población que hasta entonces se había salvado de los horrores de la guerra y en donde, desde el año 410, habían conseguido un refugio más o menos estable muchos romanos aristocráticos, ricos en propiedades establecidas en el lugar y ya prontos a

---

<sup>31</sup> HYD. *Chron.* 46-48; 201 y 207.

<sup>32</sup> ARCE, J., 'Los Vandalos en Hispania (409-429)', *An Tard* 10, 2002, pp. 75-85.

extender, en el área provincial, los métodos de organización de las clientelas urbanas por medio de juegos, espectáculos y evergesias (ciertas formas de filantropía), que alarmaron fuertemente a los ambientes eclesiásticos locales por la rápida erosión del propio patronato. Según Víctor Vitensis, atravesaron el estrecho de Gibraltar cerca de ochenta mil personas, incluidas mujeres, ancianos y niños. Un grupo mixto, formado también por las etnias que se habían unido a los vándalos en tierra ibérica, si bien el núcleo principal estaba constituido por los asdingos.

Desde Marruecos ellos se movieron hacia Oriente depredando Mauritania y, casi sin obstáculos, alcanzaron Hipona, que, en cambio, resistió casi un año, perdiendo en aquellos dramáticos sucesos al obispo Agustín. Ni el tratado, suscrito en 435, que reconocía a Genserico el estatuto de federado y el control de Numidia ya conquistada, impidió la reanudación de la marcha hacia el Este. En 439, cayó también Cartago, así que en 442 un nuevo tratado ratificó la formación de un reino vándalo: formalmente vasallo, de hecho independiente, comprendía Numidia, Proconsular, Byzacena (actuales Argelia y Tunicia) y, algunos años después, por conquista ulterior, las dos Mauritancias. Solamente Marruecos quedaba excluido.

En la fase de estabilización, las estructuras económicas sociales así como el derecho romano y la organización administrativa se mantuvieron. Aparte quedaron los sectores de la Proconsular en los que se establecieron los vándalos, expropiando las tierras todos los notables locales y los aristócratas romanos<sup>33</sup>. Sin embargo, colaboración y romanización fueron impedidas, sobre todo, por la política religiosa de los diversos soberanos. Violentas confiscaciones de basílicas y bienes eclesiásticos a favor de la Iglesia arriana se verificaron en un primer momento solo en la Proconsular, mientras que en las otras provincias el culto católico permaneció libre. Hunerico (477-484), sin embargo, quiso imponer el

---

<sup>33</sup> Sobre la particular política de Genserico y la creación de las *sortes Vandalarum*, que se volvieron distritos especiales sometidos a una administración particular, mientras el clero arriano era el único que tenía derecho a officiar, MODÉRAN, Y., "I Vandali in Africa", en: AILLAGON, J.J., (a cura di), *op.cit.*, pp. 324-326.

arrianismo en toda África y el terror desencadenado en aquellos años hizo crecer la fama de los vándalos perseguidores, difundida por la producción católica<sup>34</sup>.

También las regiones que pasaron menos traumáticamente bajo el control de los bárbaros habían experimentado anteriormente invasiones y devastaciones. No tiene caso volver a recorrer la historia de los sucesos de Roma y de Italia, que en el transcurso del siglo V se escurrió lentamente en las manos de los pueblos germánicos, hasta que en el año 476 Odoacro jubiló al muy joven Rómulo Augústulo y estableció, en su parte de la península, un reino independiente pronto sustituido por el de los ostrogodos de Teodorico y sus sucesores hasta la reconquista justiniana. Si fuera simplemente esta la historia de los contactos de Italia con los bárbaros, deberíamos concordar con la visión de una transición casi pacífica hacia los nuevos conquistadores. Pero, entre 401 y 412 los godos atravesaron la península a lo largo y a lo ancho, mientras en 405-406 otro grupo de los invasores había traumatizado el Norte y el Centro. Los daños difundidos por estas incursiones se pueden medir por la exención fiscal que el gobierno central fue obligado a acordar en 413, un año después que los visigodos hubieran dejado la península. Justo en aquel momento, cuando el emperador tenía necesidad de mayores entradas, entre otras cosas para oponerse a los varios pretendientes al trono que, como Atalo, habían conseguido de manera efímera hacerse sostener por los visigodos, se decretó una exención fiscal de 5 años para todas las provincias del Centro y del Sur hasta que se recuperaran de las devastaciones súbitas; y todavía en 418, a 6 años de la partida de los visigodos, muchas provincias italianas tenían dificultades para volver al régimen fiscal habitual<sup>35</sup>.

En cuanto a Roma, el saqueo de tres días en agosto del 410 redujo a los ciudadanos a tales condiciones que, según Procopio, las puertas de la ciudad habrían sido abiertas a los enemigos por una mujer noble que se apiadó de sus

---

<sup>34</sup> Aparte de COURTOIS, C., *Les Vandales et l'Afrique*, Paris: 1955 y HULTEN, P., *The True Story of the Vandals*, Vänamo: 2001, se ven las sabias recopilaciones en los volúmenes 'L'Afrique vandale et byzantine', *Antiquité Tardive* 10 – 11, 2002-2003.

<sup>35</sup> *CTh* 11, 28, 7 al 8 de mayo de 413 y 11, 28, 12 al 15 de noviembre de 418.

conciudadanos, que por hambre ya se habían entregado a prácticas de canibalismo<sup>36</sup>. No es este el lugar para indagar, como ya se hizo, sobre qué tradición aristocrática adversa a los *Anicii* fue construida esta noticia. El hecho es que, de nuevo, a partir del año 439, Sicilia y las costas del Tirreno hasta Roma fueron sometidas a *raids* vandálicos, y todavía en el año 455 una flota vándala tomó Roma, sometiéndola durante 14 días a un segundo saqueo mucho más sistemático, para después zarpar en dirección a Cartago con un inestimable botín y muchos prisioneros, entre los cuales estaban la viuda y las dos hijas de Valentiniano III.

Ha sido atinadamente observado que el derrocamiento en el año 476 de Rómulo Augústulo provocó poco escándalo. Sin embargo, según Ward-Perkins el motivo por el cual semejantes acontecimientos pasaron casi inadvertidos fue sólo porque los contemporáneos ya sabían que el Imperio occidental había casi desaparecido totalmente excepto en el nombre<sup>37</sup>. No obstante, hacer remontar semejante conciencia a una fecha tan precoz es un exceso, como lo fue el de Jerónimo, que ya en el año 410 escribió el epitafio de Roma<sup>38</sup>.

Que el Imperio romano fuese desde hacía ya tiempo un Imperio multiétnico, como la Muestra del Palazzo Grassi en Venecia lo ha mostrado con sus documentos – algunos inéditos y verdaderamente excepcionales –, es verificable en múltiples regiones, a través de cambios que en aquel momento quizás pasaron desapercibidos, pero que eran irreversibles. Por ejemplo, se hace evidente en algunos objetos del atuendo como las fíbulas, que del tipo llamado una cruz o una cabeza de cebolla, llegan a ser elementos *cloisonnés* con aplicaciones en pasta vítrea, ya presentes antes de que los godos y longobardos instauraran su dominio en Italia. También en los préstamos lexicales, que los latinos tomaron de los dialectos germánicos, especialmente en los campos semánticos concernientes a la jerga de la guerra y las armas, las vías de

---

<sup>36</sup> ZOS. V, 39; OLYMP. *Fr.* XI, 3. Según PROC. *BG.* 3, 2, 27, se trataba de un Anicio.

<sup>37</sup> WARD-PERKINS, B., *op.cit.*, 2005, 31.

<sup>38</sup> HIER. *In Ezechiel I, Praef. PL XXV*, 15-16 75D.

comunicación y los comercios, las técnicas constructivas, la vida doméstica. Asimismo, en la alimentación, cuando la rica urbanidad del pan, del vino y del aceite se entrecruzó en mutuas contaminaciones con la de la carne, el tocino y la leche<sup>39</sup>.

Por otra parte, lo cierto es que: - los grupos de los recién llegados no eran *populi* en el sentido atribuido por la literatura tradicional, sino incorporaciones de poblaciones que estaban juntas desde hacía largo tiempo con peculiaridades culturales y sociales propias. - Esos eran no romanos aunque ya se habían desarrollado varias relaciones con Roma. - Constituían grupos de muchas decenas de centenares de personas; - Provenían de más allá de las fronteras y no del interior del Imperio; - Estaban guiados por una élite caracterizada por un marcado componente militar en su estilo de vida. - Los efectos de su dominio, cuando llega a ser estable en gran parte de Occidente, se concretaron en un corte irreversible entre la civilidad grecorromana y las estructuras institucionales políticas de la nueva Europa. El concepto de transformación y cambio no será utilizado para remover las fracturas y olvidar el fin del Imperio romano, sino para comprender mejor – como en las mejores contribuciones – que lo que se rompió y lo que fue reconstruido, constituyen una categoría de indagación ahora imprescindible para la investigación.

Entre el paradigma relativo a la catástrofe y aquel que ha intentado reducir el rol de los bárbaros a casi simples comparsas y no actores de la historia solo porque la imagen que tenemos es fruto de la reconstrucción literaria, queda en el centro la gran complejidad del período, lo que invita todavía al análisis de la especificidad regional y suscita estupor por aquellos múltiples y repetidos derrumbes del Imperio, que continuó sobreviviendo en el transcurso del siglo V siempre en otro lugar mientras muchos lo creían caído.

---

<sup>39</sup> CRACCO RUGGINI, L., *op.cit.*, 2008, pp. 214-215, y para la alimentación en el Medioevo, MONTANARI, M., *L'alimentazione contadina nell'alto Medioevo*, Nápoles: 1979, y, más reciente, *Il cibo come cultura*, Roma-Bari: 2004.